

"EN BUSCA DE LA NAVIDAD"

Un pregón de Navidad siempre concita la atención de la comunidad a la que va dirigida y, según mi modesta opinión, debe invitar a la reflexión. Si bien la empresa que me ha sido conferida es ardua, no puedo sentirme más honrado en mi calidad de Isleño al compartir con vosotros mis pensamientos y mis deseos más sinceros. Quisiera, por tanto, expresar el sentimiento muy personal que me embarga desde que se programó este acto y que hoy nos reúne en este histórico lugar, organizado por nuestra Real Academia de San Romualdo de Ciencias, Letras y Artes y la Fundación Municipal de Cultura.

Es sabido que soy hombre de ciencia, sin embargo debo decir que aunque ciencia y letras sean disciplinas que la modernidad situó en esferas diferentes, la investigación científica se puede y debe saber conjugar con la pasión literaria. De ahí que un ensayo reflexivo pueda ir indisolublemente asociado al análisis científico del origen causal que determina la comunión de nuestro pensamiento con ideas clásicas referidas a este período navideño.

La idea que tenemos de la Navidad ha evolucionado de forma muy patente y es producto de los estadios que ha recorrido a lo largo de la historia. Me propongo, por consiguiente, hacer un repaso de los símbolos de la Navidad así como a su origen primigenio, para poder comprender mejor dónde nos encontramos, cómo hemos evolucionado, y hacia dónde nos dirigimos.

Los Belenes

Desde hace 1.663 años venimos celebrando la Navidad, una de las conmemoraciones cristianas más rica en tradiciones y costumbres populares. Por influencia de San Juan Crisóstomo, padre de la Iglesia de Oriente y patriarca de Alejandría, se adoptó el 25 de diciembre, como la fecha del nacimiento de Jesús, en todo el mundo desde el siglo X. Era habitual celebrar el 6 de enero la denominada Teofanía, o sea las primeras manifestaciones de Jesús, nacimiento, la adoración de los Reyes Magos y su bautismo.

Los belenes, nacimientos o pesebres constituyen las representaciones figurativas por excelencia de la llegada de Jesús a Belén, primeros vestigios del arte cristiano. La presencia del burro y el buey ya aparece en un magnífico "pesebre" del siglo IV, descubierto en las catacumbas de Roma. Santa Clara difundió la costumbre de "montar el pesebre en Navidad", en los conventos franciscanos de Italia, contribuyendo significativamente a la difusión del belén.

En el año 1223, San Francisco de Asís fomentó la preparación de belenes, popularizando entre los laicos una tradición que, hasta ese momento, era exclusiva del clero, que se convirtió así en una manifestación popular extra-litúrgica. Durante la Edad Media era costumbre representar escenas de Navidad en las iglesias, de donde proceden los belenes actuales con sus figuras de madera, yeso, plomo, barro o cartón.

Alcanzó su apogeo en Nápoles en el siglo XVIII, siendo transmitida esta costumbre por el rey Carlos III cuando se trasladó a España, dejando la corona española de Nápoles a su tercer hijo Fernando IV. Sus primeros ministros de origen italiano, que se trajo de Nápoles, don Jerónimo Grimaldi y don Leopoldo de Gregorio, Marqués de Esquilache, fueron verdaderos entusiastas de implantar en España la costumbre de montar belenes por Navidad. Como sabemos, el famoso "Motín de Esquilache", promovido por el pueblo de Madrid, acabó expulsando estos ministros de origen italiano de España, que fueron sustituidos por otros españoles que, aunque no suprimieron esta costumbre popular de los belenes, sí que expulsaron a los jesuitas de todo el territorio nacional, por decreto real firmado el 27 de febrero de 1767.

En algunas regiones de Italia los niños siguen construyendo el pesebre de madera con el Niño Jesús, que denominan "la cabañita". La presencia de una cueva o establo encuentra similitudes con otras religiones, que representan a sus dioses naciendo en cuevas o cavernas.

Recuerdo con nostalgia los belenes de La Isla, como el que montaba la familia de un amigo del colegio de La Salle que utilizaba un complicado sistema de conductos por el que enviaban el humo de cigarrillos que se convertía, como por arte de magia, en el humo de las chimeneas de las cabañas o de las hogueras donde se calentaban los pastorcillos del belén.

Nada es comparable con el Portal de Belén, algo tan entrañable, representativo, gracioso y popular.

La Estrella de Belén

Según San Mateo, "Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y preguntaron: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella en el Este y hemos venido a adorarlo" (Mateo 2:2).

En cualquier decoración navideña, encontramos habitualmente la Estrella de Belén, elemento astronómico motivo de investigación y no pocas controversias científicas desde hace siglos. Actualmente disponemos de medios para averiguar qué pudo ser realmente esta enigmática estrella anunciadora.

Según las escrituras, los Magos viajaron siguiendo la estrella, y ésta se detuvo sobre el lugar en el que Jesús había nacido. Es imposible que un astro marque un lugar tan concreto como un pesebre, habiéndose aportado múltiples explicaciones sobre este hecho milagroso. Fuera lo que fuese, los Reyes Magos lo asociaron con el Rey de los Judíos. De haber sido astrólogos griegos o romanos la habrían asociado con Júpiter, el planeta rey, mientras que si su origen hubiera sido Babilonia la habrían relacionado con Saturno.

Algunos académicos creen que esta "estrella" era un cometa, objeto cósmico tradicionalmente conectado con importantes eventos en la historia de la humanidad, como el nacimiento de reyes. De hecho, la estrella de Belén se suele representar con una elegante cola, elemento característico de los cometas; su nombre procede de la palabra griega "kome", que significa cabello. Esta inmensa bola de nieve y polvo estelar emite, durante días o meses, una brillante luz cuando su órbita se aproxima al sol, siendo entonces especialmente luminosa su larga cola constituida por moléculas ionizadas, agua y gases. Sin embargo, los registros de avistamientos y seguimiento de cometas, no coinciden con la fecha del nacimiento de Jesús; siendo el más próximo el conocido cometa Halley, que fue observado 11 años antes del importante acontecimiento bíblico al que nos estamos refiriendo.

Otros científicos creen que la Estrella de Belén fue una conjunción de planetas en el cielo nocturno. Los planetas orbitan el sol a diferentes velocidades y distancias, por lo que ocasionalmente parecen aproximarse. La primera explicación natural de este fenómeno fue descrita por Johannes Kepler (1571-1630), quien descubrió que la Tierra y los planetas viajan alrededor del Sol en órbitas elípticas. En 1614, este astrónomo alemán determinó que una serie de conjunciones de los planetas Júpiter y Saturno, fenómeno poco frecuente, ocurrieron en aquella época, relacionando este hecho con la Estrella de Belén. En este sentido, recientemente el astrónomo Mark Kidger del Instituto de Astrofísica de Canarias argumenta que pudo tratarse de una triple alineación de planetas que alertó a los Reyes Magos sobre la gestación de un acontecimiento importante en Judea, según sus interpretaciones una señal definitiva del nacimiento del gran rey.

Recientemente se ha propuesto la explosión de una estrella o supernova como hecho más probable, para explicar el fenómeno de la Estrella de Belén. Algunas estrellas binarias, suelen acumular materia de su compañera, alcanzando un volumen crítico que les hace estallar, emitiendo durante días o meses, un brillo más intenso que mil millones de soles. Aunque estén muy alejadas de nuestro sistema planetario, parte de su intensa luz llega hasta la Tierra. No existen registros históricos de aquella época, por lo que esta bella estrella de Belén podría haberse tratado de una supernova.

Los Reyes Magos

Según San Mateo: "Los «sabios de Oriente» vinieron a adorar a Jesús en Belén" (Mateo 2). "Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán presentes; los reyes de Arabia y de Saba le traerán sus regalos" (Salmo 71, 10).

Nos refiere la tradición que tres magos, reyes de Oriente, tal vez procedentes de Arabia, fueron a llevarle regalos a Jesús, recién nacido en Belén. La determinación del número de Reyes Magos, sólo tres, y su procedencia se fue perfilando en la Edad Media. Baltasar, el rey negro aparece descrito, por vez primera, en el siglo XV. La narración evangélica no hace referencia al número de Magos, sin que la tradición aporte información sobre este asunto. Aunque determinados Padres de la Iglesia nos hablan de tres Magos; en realidad estaban influenciados por el número de regalos: oro, incienso y mirra.

Los Reyes Magos probablemente cruzaron el desierto de Siria, atravesando el río Éufrates, recorriendo el trayecto hasta Damasco en dirección sur, lo que actualmente constituye la gran ruta a la Meca, «el camino de los peregrinos» del Islam. Curiosamente, dos religiones que utilizan el mismo camino en busca de su dios. Desde allá, continuaron hasta el mar de Galilea y el río Jordán, llegando por esa ruta a Belén. Desde Arabia, por la ruta que supuestamente siguieron los Reyes hasta Jerusalén, representa un trayecto de alrededor de 1.700 kilómetros. Para cubrir tal distancia en camello debieron de emplear casi un año, por lo que pudieron llegar cuando el Niño Jesús tenía más de un año de edad. De hecho, según San Lucas: “La visita de los Magos tuvo lugar después de la Presentación del Niño en el Templo” (Lucas 2, 38).

Los restos de los Reyes Magos fueron descubiertos en Persia, siendo trasladados a Constantinopla por Santa Elena y, en el siglo V llevados a Milán, donde permanecieron hasta el año 1.163, siendo entonces reubicados definitivamente en Colonia (Acta SS., I, 323).

Existe la costumbre de obsequiar a los niños con juguetes en memoria de los dones ofrecidos por los Reyes al niño Jesús. Desde hace algunas décadas, estamos transformando nuestra Navidad, sin duda influenciados por las costumbres y tradiciones de otros pueblos. El Árbol de Navidad está desplazando al portal de Belén, mientras que Papá Noel lleva los regalos a los niños buenos, sustituyendo en esta tarea a los Reyes Magos. Los regalos también van cambiando; aquellos trenes, balones y muñecas que tanta imaginación generaban, están siendo irremediamente desplazados por ametralladoras, videojuegos, “mega-dinos” control remoto, “monopoly” con tarjetas de crédito o mujeres araña.

Según un estudio llevado a cabo por la Organización de Consumidores y Usuarios (OCU), hace unos meses, aproximadamente la mitad de los juguetes que reciben los niños en estas entrañables fiestas contienen características que pueden ponerlos en riesgo, por contener elementos demasiado pequeños o cortantes, pilas fácilmente accesibles, estar fabricados con materiales inflamables o pinturas tóxicas. Estoy convencido de que los Reyes Magos estarán estas Navidades muy atentos para que nuestros niños no estén expuestos a riesgo alguno. Las costumbres y tradiciones navideñas anglosajonas están extendiéndose por todo el mundo, dejándose sentir de una manera más evidente en la Navidad europea y Norteamérica, con la presencia de Santa Claus.

San Nicolás, Santa Claus, Papá Noel

San Nicolás fue obispo de Mira en el siglo IV, protector de los niños; es el patrón de Rusia y sus reliquias se encuentran en la ciudad de Bari desde el siglo XI. Su figura es muy popular en Grecia, Italia, Holanda, Alemania e Inglaterra. El nombre de Santa Claus procede de San Nicolás: St. Nicklauss, St. Nick, St. Klauss, Santa Claus, Santa Clos. Sigo sin entender por qué es conocido como Santa Claus siendo un hombre y no como San Claus. También denominado Papá Noel, ese viejecito regordete y sonriente, es un personaje legendario de barba blanca, vestido de rojo y capucha.

La historia de San Nicolás nos muestra su amor por los niños. Se cuenta que el jefe de la guardia romana de aquella época, llamado Marco, quería apoderarse de unas niñas a cambio de una deuda no pagada que había contraído su padre. San Nicolás se enteró de este hecho y decidió ayudarles. Tomó tres sacos llenos de oro y en la noche de Navidad, en plena oscuridad, llegó hasta la casa de esa humilde familia, arrojándoles los valiosos sacos por la chimenea, salvando así a las niñas. Los cristianos alemanes tomaron este episodio para entretejer la historia de Santa Claus, viejecito afectuoso que suele entrar en nuestras casas por la chimenea, ventanas o incluso por la puerta para dejar regalos a los niños buenos, el día de Navidad.

En la Edad Media, la leyenda de San Nicolás arraigó de forma extraordinaria en Europa. En Holanda, su figura adquirió notable relieve, convirtiéndose también en Patrón de los marineros holandeses y de la ciudad de Ámsterdam. Los holandeses compraron a los indios americanos Nueva Ámsterdam, la actual isla de Manhattan, por pocas monedas de oro, equivalentes a 24 dólares, donde erigieron una estatua de San Nicolás, manteniendo su culto y tradición en el Nuevo Mundo.

La devoción de los inmigrantes holandeses por San Nicolás era profunda, siendo fielmente reflejada por el escritor norteamericano Washington Irving (1783-1859) en su libro titulado “La historia de Nueva York según Knickerbocker” (Knickerbocker's History of New York) publicado

en 1809. En este libro, Irving muestra a San Nicolás despojado de atributos obispaes, convertido en un hombre mayor, grueso, generoso y sonriente, vestido con sombrero de alas, calzón y pipa holandesa. Tras llegar a Nueva York, se dedicaba a arrojar regalos por las chimeneas, sobrevolando en un trineo adornado con sonoras campanillas, tirado por unos alegres renos con capacidad voladora. El hecho de que Washington Irving denominase a este famoso personaje "Guardián de Nueva York" le confirió gran popularidad, contagiando en esta costumbre holandesa a los norteamericanos, que comenzaron entonces a celebrar su Navidad de forma diferente. Los típicos zuecos holandeses que los niños usaban para que Santa Claus depositara los regalos, se convirtieron más tarde en anchos calcetines.

La segunda mitad del siglo XIX fue trascendental en el proceso de consolidación y difusión de la figura de Santa Claus, con la progresiva laicización del personaje. De constituir una figura típicamente religiosa, pasó a ser un distintivo cultural, celebrado por personas de credos y costumbres diferentes, que aceptaban sus mensajes de paz, solidaridad y prosperidad. Igualmente, de ser un personaje asociado netamente a la sociedad norteamericana de origen holandés, se convirtió en el patrón de todos los niños norteamericanos, sin distinción de sus orígenes geográficos y culturales. Por aquella época, se revitalizó la figura de "Father Christmas", Padre Navidad en Inglaterra, o de "Père Noël", Papá Noel en Francia, adoptando mucho de sus típicos rasgos y atributos.

El momento de inflexión importante en la evolución iconográfica de Santa Claus tuvo lugar con la campaña publicitaria de la empresa Coca-Cola, en la Navidad de 1930. Como cartel anunciador de su campaña navideña, la empresa publicó una imagen de Santa Claus escuchando las peticiones de niños en un centro comercial. Aunque la campaña tuvo éxito, los dirigentes de la empresa pidieron a un pintor de Chicago, de origen sueco, llamado Haddon Sundblom que remodelara la figura de Santa Claus. El artista lo hizo regordete, de rostro alegre y bondadoso, ojos pícaros y amables, y vestido de color rojo con ribetes blancos, que eran los colores oficiales de Coca-Cola. El personaje estrenó su nueva imagen, con gran éxito, en la campaña navideña de 1931. Los dibujos y cuadros que Sundblom pintó durante más de tres décadas fueron utilizados en todas las campañas navideñas de esta empresa.

Las postales, cuentos y películas norteamericanas contribuyeron a la popularización de la oronda figura de Santa Claus que, puede decirse hoy, constituye la advocación más universal y conocida, pero también la más laica y comercial, de todas las derivadas de San Nicolás.

San Nicolás, Santa Claus o Papá Noel, como queramos llamarlo, nos enseña a ser generosos y proteger a los niños, estar pendientes de sus necesidades, y dedicarles algo más de tiempo, en este mundo de prisas y estrés.

El Árbol de Navidad

El árbol de Navidad se inserta en el ancestral culto a los árboles. En el mundo clásico griego, la encina estaba consagrada a Júpiter; el laurel y el pino a Cibeles. Los bosques sagrados servían de templo a los germanos. Como describe Plinio, los galos tenían la encina como árbol sagrado, en los que los druidas, sacerdotes celtas guardianes de las tradiciones, recogían el muérdago, planta parásita de los troncos que contiene una sustancia viscosa. En numerosos mitos, los árboles aparecen como residencia de los dioses, especialmente de las dríades, ninfas protectoras de los árboles, cuya vida duraba como el árbol donde estaban unidas. El árbol de Navidad constituye un vestigio de ese culto pagano.

En la actualidad, como árbol de Navidad suele utilizarse el abeto, pino o acebo que se adorna e ilumina con bombillitas multicolores. La iluminación del árbol se hacía buscando la claridad frente al mortecino sol invernal de los países nórdicos. Dice la tradición que el árbol de Navidad tuvo su origen en los pueblos germánicos y que fue San Bonifacio, apóstol de Alemania, inglés de nacimiento y de nombre Winfred, quién taló la encina sagrada de los paganos para plantar en su lugar el abeto de los cristianos y lo adornó con manzanas y velas, dándole un simbolismo cristiano: las manzanas representan las tentaciones y los pecados; mientras que las velas representaba a Jesús, luz del mundo. En la Edad Media, esta costumbre se difundió por toda Europa y con las conquistas y migraciones llegó a las Américas.

La tradición fue evolucionando, de forma que las manzanas fueron sustituidas por bonitas bolas de colores y las velas por bombillitas que suelen fallar en el momento más inoportuno. La estrella que colocamos en la punta del árbol representa la Fe que sirve de guía a nuestras

vidas.

Las tarjetas navideñas

La costumbre de enviar mensajes navideños tuvo su origen en las escuelas inglesas, que pedían a los estudiantes escribieran algo relacionado con la Navidad antes de iniciar las vacaciones de invierno y lo enviaran por correo a su casa. En 1843, Sir Henry Cole y William Dobson hicieron las primeras tarjetas de Navidad impresas, con la intención de poner al alcance del pueblo inglés las obras de arte que representaban al Nacimiento de Jesús. En 1860, Thomas Nast, uno de los creadores de la figura de Santa Claus, organizó la primera venta masiva de tarjetas en las que aparecía impresa la frase "Feliz Navidad". La venta de las tarjetas de Navidad ha servido, durante décadas, como ayuda a mejorar en lo posible el bienestar de muchos niños del tercer mundo. Lamentablemente, la utilización masiva del correo electrónico está afectando negativamente la campaña navideña de UNICEF, ya que pocos utilizan el correo convencional.

Los villancicos

Los primeros villancicos que se conocen fueron compuestos por los evangelizadores en el siglo V con la finalidad de llevar la "Buena Nueva" a los aldeanos y campesinos que no sabían leer. Entonces, se denominaba "villanus" al aldeano, de donde procede la palabra "villancico". Los villancicos narran, en lenguaje popular, los sentimientos de la Virgen María, San José y los pastores ante el Nacimiento de Jesús. Al parecer fue en el siglo XIV cuando surge esta manifestación musical tan característica de la Navidad. Los villancicos, basado en las tonadillas populares, se transmitieron de boca en boca hasta el siglo XV cuando se comienza a transcribir estas producciones musicales nacidas generalmente del pueblo. Villancicos que no son sino estructuras poéticas menores de contenido alegre y entrañable, de composición sencilla en la que se alterna un estribillo con estrofas de diferente forma, ritmo y medida. El famoso villancico "Adeste Fideles" data del siglo XVII, época en la que se extendió por las Américas y toda Europa.

En la actualidad, el villancico constituye una parte esencial de cualquier fiesta navideña. Los villancicos pueden alternar canciones complejas con música sacra o clásica, con el flamenco, el pop, el jazz, o los ritmos más variados. Sin embargo, el centro de las fiestas sigue siendo el villancico tradicional de origen hispano.

En el portal de Belén hay estrellas, sol y luna,
la Virgen y San José y el Niño que está en la cuna.

Ande, ande, ande la marimorena,
ande, ande, ande, que es la nochebuena.

La Marimorena

Campana sobre campana
y sobre campana una,
asómate a la ventana,
verás al Niño en la cuna.
Belén, campanas de Belén
que los ángeles tocan,
¿qué nuevas me traéis?

Campanas

La Virgen se está peinando
entre cortina y cortina,
los cabellos son de oro,
el peine de plata fina.
Pero mira como beben los peces en el río,
pero mira como beben por ver a Dios nacido,

Beben y beben y vuelven a beber
los peces en el río por ver a Dios nacer.

La Virgen va caminando

Los villancicos se acompañaban con algunos instrumentos que rara vez usábamos fuera de la Navidad, como la matraca, la zambomba o la botella de anís del mono, que cuando estaba vacía se frotaba rítmicamente con una cuchara o tenedor. Siempre me llamó la atención la etiqueta de este anís, con un mono con cierto parecido a Darwin con un rótulo que, desde 1.870, dice “La ciencia lo dijo y yo no miento”. Cuando leí, siendo niño, ese papelito, que porta el mono en su mano derecha, imaginé que algún día entendería eso de la ciencia y el anís.

Sabores isleños de la Navidad

Eran tiempos bien distintos, aquellos en los que aparecía por nuestras calles, un personaje típico navideño que no volvíamos a ver en todo el año: “el pavero”. Recorría nuestras calles, empedradas entonces con “chinos” y lozas en las aceras, armado con una vara de castaño con la que controlaba su manada de lustrosos pavos, criados durante todo el año en el campo. Corríamos detrás de aquella sonora comitiva contribuyendo, sin pensarlo, a una bella y perdida estampa navideña.

El 22 de diciembre, desde el desayuno, oíamos la uniforme melodía de los niños de San Ildefonso, interrumpida de vez en cuando por un premio mayor de la Lotería Nacional que nos hacía mirar de nuevo el décimo en el que habíamos puesto nuestra ilusión, ya que con suerte podríamos arreglar nuestros problemas económicos. Esta lotería fue aprobada por unanimidad en la Sesión del día 23 de noviembre de 1811 por las Cortes Generales que, desde este histórico Real Teatro, fueron trasladadas al Oratorio de San Felipe Neri de Cádiz a finales de febrero del mismo año. La Lotería gubernamental pasó a denominarse Lotería Moderna, sustituyendo la existente Lotería Primitiva instaurada en 1763 por el mencionado Marqués de Esquilache, ministro de Hacienda del rey Carlos III.

La Lotería Nacional y el Gordo de Navidad persisten, pero los euros no han conseguido transmitir el mismo entusiasmo que comunicaban las pesetas y sus millones; estos euros no suenan tan bien en las voces de los niños de San Ildefonso. Ese mismo día 22 se solía cobrar la “paga de Navidad” que permitía comprar los turronecillos, duros y blandos, figuritas de mazapán, peladillas y polvorones, aquellos que se quedaban pegados al paladar.

Todo cambiaba en casa en la víspera navideña. Recuerdo con la ilusión que montábamos el belén, con pocas o muchas figuritas, dependiendo de las que quedaron enteras del año anterior. La gastronomía familiar se enriquecía esos días con un menú especial, presidido por el famoso pavo; ya que poco pavo veíamos el resto del año. Las familias se reunían para preparar la “Nochebuena”.

Recuerdo cómo, la víspera de la Navidad, mi madre y mi tía preparaban las “tortas de Nochebuena”, amasando harina, zumo de naranja, aceite y matalahúva en un lebrillo, que posteriormente cubrían con un paño y dejaban reposar unas horas. Aquella tarde todos contribuíamos a esa tarea gastronómica, estirando la masa o fabricando figuritas con ella, que fritas, enmeladas y salpicadas con bolitas de anís, emanaban un olor peculiar tan característico y agradable que siempre me ha acompañado; debe de estar bien grabado en mi corteza cerebral e hipotálamo mediante sinapsis con información codificada, que es así como logramos guardar nuestra memoria remota, con recuerdos a muy largo plazo.

Esa noche tan especial, nos concentrábamos en casa donde disfrutábamos mucho sin necesitar la televisión, que no había llegado a España todavía. Parece increíble, cuando ahora en España se ve la televisión como promedio 4 horas diarias.

¡Qué tiempos tan distintos, pero tan queridos!

Reflexión final

En esta época de globalización, la Navidad debe permanecer, más que nunca, en nuestro fuero interno como tiempo en el que los valores de solidaridad, generosidad y cercanía ahonden con determinación en nuestro espíritu. Este fenómeno global, marcado por los niveles tecnológico, financiero, sociopolítico y cultural no se desarrollan en compartimentos estancos; más bien todos ellos están relacionados e interaccionan entre sí: las acciones empresariales repercuten en consecuencias culturales y a la inversa, las culturas locales condicionan las acciones empresariales. Dicha coyuntura debe constituir un reto más que una amenaza para la salvaguarda de los valores, enraizados profundamente en nuestra sociedad. El conocimiento de lo foráneo y las culturas que nos rodean ha de erigirse en un acicate que realce y ensalce la riqueza que impregna nuestra propia identidad cultural. Del mismo modo, una mejor comprensión de la pluralidad profundizará nuestro aprecio por la inveterada esencia de la Navidad.

Os emplazo, en este momento revestido de especial carga simbólica, a revivir el auténtico espíritu navideño, a profundizar en su verdadera esencia.

Con mis mejores votos de un buen Año Nuevo, os deseo, queridos amigos una Feliz Navidad".

Navidad 2008. José Manuel Revuelta Soba